

PAPIRO

Día 20

Mary, Madre de Dios

Luxor – Egipto.

La fragancia de los vistosos arreglos florales que adornaban el amplio y acogedor espacio se mezclaba con el dulce aroma de los dátiles, inundando los pasillos adyacentes cada vez que se abría la puerta principal.

Los mozos, vestidos a la antigua usanza egipcia, cargaban viandas llenas de platillos tradicionales. El ambiente evocaba una celebración alegórica que se remontaba a los festivales que ofrecía la realeza en honor al dios Amón.

Las paredes, cubiertas de escenas en bajorrelieve y decoradas con iluminación indirecta, aludían al festival de Opet, contribuyendo a la fama del restaurante del hotel Sokar.

Sofía llegó al restaurante. Se veía apurada cuando preguntó por una mesa disponible.
—Estamos llenos —le contestaron.

La respuesta la afligió. Buscó a Daryl con la mirada. Habían acordado ir a Alejandría y abrir la bóveda. Al ver que no estaba, decidió esperarlo en el vestíbulo, pero antes de marcharse notó que le hacían señas desde una de las mesas traseras del restaurante, cercana al gran vitral gótico: una obra de arte histórica y reminiscencia de la vieja capilla, remodelada poco antes de integrarse al hotel.

Trató de distinguir a la mujer que levantaba la mano, pero los rostros rígidos, estilizados y de grandes ojos de los santos coptos del vitral la difuminaban, ocultándola entre una amalgama de figuras distorsionadas.

Celia tomó una servilleta y la agitó para llamar aún más su atención. Sin embargo, al darse cuenta de que Sofía no le respondía, se levantó y fue a su encuentro.

—¿Gustas acompañarme? —le preguntó.

Sofía enmudeció con la invitación. Apenas la reconoció. No pudo negarse y la siguió a la mesa, admirando en silencio su sobrio atuendo. Parecía que Celia ya la esperaba:

—Anoche nos conocimos, ¿no me recuerdas?

Sofía la observó detenidamente, intentando identificarla. Estuvo a punto de negarlo, pero al ver la medalla de la Virgen María, visible cuando Celia extendió el brazo para dejar la servilleta en la mesa, exclamó:

—¡Por supuesto!

Celia sonrió y cambió la conversación mientras veía de reojo la escena tallada en la pared frente a ellas.

—Me gusta la decoración de este lugar —afirmó mientras se sentaba.

Sofía la miró, remarcando el significado de la escena:

—Durante el gran festival de Opet, la imagen de Amón, dios de Karnak, surcaba el Nilo en la barca dorada rumbo al templo de Luxor —conocido en la antigüedad como Opet— junto a las figuras simbólicas de su esposa Mut y su hijo Jonsu, en una ceremonia para celebrar el inicio del verano.

Celia la escuchó con atención y preguntó:

—¿A qué te dedicas?

—Soy antropóloga —respondió Sofía—. Bueno, también estudié arqueología, pero me interesa más la parte humana, la simbología, los rituales...

Celia siguió observando los relieves de la pared. Al notar el jeroglífico de Hathor, igual al del amuleto que Sofía llevaba al cuello, le preguntó:

—¿Eres creyente?

Sofía abrió los ojos, sorprendida, pero al ver la medalla de la Virgen María en el pecho de Celia, replicó:

—Por lo que veo, compartimos la misma fe.

—Es diferente —dijo Celia, dejando los cubiertos y secándose los labios con la servilleta—. Yo creo en la Virgen María, madre de Dios. Y tú, en la diosa Hathor, madre de Horus.

Sofía sonrió y, con voz suave, respondió:

—Sin embargo, ambas creemos en lo mismo.

Celia pestañeó, incrédula.

Sofía era consciente de que lo que había afirmado podía sonar provocador, pero ocultarlo sería traicionarse a sí misma. Al ver que Celia dudaba, le explicó el porqué:

—Cuando los antiguos egipcios les rezaban a sus dioses, usaban la expresión amado o amada. Así, se dirigían a Hathor como amada Hathor, y, por respeto, siempre ponían primero su nombre: Hathor amada.

Celia la escuchó, pero sus ojos ya no estaban en la medalla. Ahora la miraba directamente, como quien ha recibido un golpe inesperado y se niega a mostrar el dolor. Apretó los labios antes de hablar:

—¿Y eso qué relación tiene con la Virgen María?

Había algo tenso en su tono, como si quisiera desmentir el argumento que rayaba en herejía.

Sofía continuó su explicación, enfatizando:

—En jeroglíficos, Amada se escribe Mery, por lo que Amada Hathor es Hathor Mery.

Celia asintió lentamente, digiriendo cada palabra con escepticismo. Su ceño se frunció, pero en su interior algo comenzó a tambalearse. Tomó un panecillo y antes de llevarse a la boca, manifestó:

—No veo la relación —dijo, esta vez más fría.

Sofía hizo una pausa, esperó a que Celia terminara su bocado y aclaró:

—La expresión completa que usaban para referirse a su diosa era: “Amada Hathor, madre de dios Horus”. Al traducirla, queda como: “~~Hathor~~ Mery, madre de dios ~~Horus~~”. Cuando comenzó la cristianización de los egipcios, los sacerdotes tomaron esa expresión y la adaptaron, eliminando los nombres de los dioses egipcios —Hathor y Horus— por ser ajenos a su doctrina. Con el paso del tiempo, la frase se transformó en: “Mary, madre de Dios”.

Por primera vez, Celia no respondió. En lugar de eso, bajó la mirada. Luego murmuró, casi sin querer:

—Eso no puede ser cierto. Es una interpretación errónea... o una blasfemia.

Pero sus palabras sonaban sin fuerzas. Aunque su cuerpo se mantenía firme, su fe vacilaba. Frunció el ceño y, fingiendo que se limpiaba los labios, la cuestionó:

—¿Y eso quién lo dice?

Sofía sabía que Celia se sorprendería con esta revelación; que negaría su existencia, pero aun así continuó, y le aclaró:

—Está escrito en los Sagrados Escritos de Horus y en el Papiro Semy.

La servilleta que Celia sostenía casi cae al suelo, pero, inclinándose rápidamente, alcanzó a sujetarla, dejando al descubierto la medalla que se traslucía a través de su delgada blusa color hueso, adornada con discretas grecas azules, y preguntó:

—¿El papiro? ¿Sabes dónde está?

Sofía se distrajo y no la escuchó porque vio a Daryl, que la saludaba desde la entrada con un gesto en la mano. Celia, impaciente, repitió la última pregunta, esperando con ansia la respuesta.

Daryl llegó junto a ellas y las saludó:

—Hola.

Sofía contestó el saludo y dijo:

—Ella es Celia.

Los ojos de él brillaron cuando la vio. Celia, aún desconcertada por lo que Sofía le había dicho, no ponía atención a nada más e insistió:

—El papiro. ¿Quién lo tiene?

Sofía se levantó y se despidió de ella, diciendo:

—Fue un placer.

—Yo lo estoy buscando. ¿Dónde está? —preguntó Celia, sintiendo que esta era su última oportunidad.

El semblante de Sofía cambió al escucharla y, antes de salir, volteó y le dijo:

—Está aquí, en el hotel.

Luego, Daryl la tomó de la mano y ambos salieron rumbo a Alejandría.

Celia seguía pasmada, tratando de procesar lo que había escuchado, mientras veía como se alejaban. Deseaba seguirlos, pero no se atrevió.

Entretanto, Nafir llegaba al hotel y tocaba a la puerta del cuarto de Amy:

—Soy yo.

Amy bostezó, se quitó las sábanas de encima y trató de despabilarse. Aún no se había aclimatado a Luxor y el calor la sofocaba, impidiéndole descansar. Había pasado la noche en vela intentando descifrar el fragmento central del papiro. Sabía que disponía de poco tiempo y debía aprovechar la colaboración de Nafir, pero el impacto emocional del día anterior la había agotado. Aún somnolienta, respondió:

—Saldré en un rato. Espérame en el restaurante.

—De acuerdo, nos vemos abajo —dijo Nafir, y se dirigió al restaurante, donde ya había iniciado el espectáculo que conmemoraba el festival de Opet.

Los mozos desfilaban alrededor de la pista, mientras el tintineo agudo del sistro, agitado con fervor por las bailarinas disfrazadas de sacerdotisas, perforaba el aire como un eco de

los antiguos rituales de Luxor, evocando una música ancestral que parecía despertar las piedras del templo. Los clientes, hipnotizados, se agolpaban alrededor de la pista, algunos alzando sus copas para ver mejor.

Por su parte, Celia permanecía absorta, sumida en pensamientos y anhelos. La revelación sobre el origen de la frase “María, madre de Dios” la tenía perpleja. Se resistía a aceptarla, pues contradecía sus creencias. Aunque jamás se había cuestionado su origen, lo había asumido desde su infancia, una etapa donde el adoctrinamiento es poderoso. Su búsqueda del papiro la mantenía en vilo, decidida a hallarlo y destruirlo. Ahora, sabiendo que estaba en el hotel, decidió prolongar su visita. Pidió vino. Mientras le servían una copa, pensó: ¿Y si Sofía tiene razón?

Esa revelación merecía algo más que silencio. Merecía un trago. Levantó la copa y saboreó el suave y aterciopelado vino recién importado. Al bajarla, lo vio. Su sorpresa fue tan grande que casi derrama el vino, pero, una vez que se serenó, le agradeció a la Virgen que la suerte siguiera de su lado. Sin perder tiempo, se levantó y fue a su encuentro... estaba segura de que era él, su mechón era inconfundible.

Cuando Nafir bajó, el espectáculo ya había comenzado. Aunque no era partidario de ese tipo de eventos, necesitaba conseguir una mesa. Mientras lo atendían, alguien se le acercó y preguntó:

—¿Tiene reservación?

No respondió. Estaba absorto en las luces centelleantes que, al atravesar el vitral del fondo, creaban la ilusión de un arcoíris suspendido en el aire. Entonces, una voz femenina lo llamó por su apellido:

—¿Dr. Taruf?

Nafir se volvió, sorprendido. No la identificaba.

Ella le tendió la mano con firmeza.

—Es un honor. Soy Celia, miembro de la expedición de Dra’ Abu el-Naga’.

Nafir se quedó sin palabras. Le intrigó que alguien con ese acento lo tuteara.

—Mucho gusto —contestó secamente.

Celia, haciendo alarde de sus conocimientos sobre papiros, afirmó:

—Sé que el Sermy antecede al papiro Ebers. ¿Estoy equivocada?

Él desconfió al oírla y subrayó:

—Es una conjetura, no un hecho.

Celia insistió:

—Es un hecho, doctor. Tengo las pruebas.

—Es una conjetura —repitió él, aún sin creerle.

Celia le soltó la mano, lo retó con la mirada y dijo:

—Lo invito a que lo platiquemos —y enseguida se dirigió a su mesa.

Nafir dudó un instante, pero la siguió. Quería saber qué pruebas decía tener. Al cruzar hacia el centro de la pista redonda y adornada, levantó los brazos y respiró profundamente, deleitándose con la fragancia seca y dulce del incienso, una mezcla de canela y mirra.

El humo los envolvía, creando un efecto de claroscuro. Sus sombras se proyectaban sobre el ambiente, transfigurándolos en gigantes. Los clientes aplaudieron con entusiasmo, creyendo que ambos formaban parte del acto. Nafir, abstraído, no se percató de ello y terminó de cruzar justo cuando Celia llegaba a la mesa y sacaba de su bolso una libreta y un lápiz.

Nafir la alcanzó y se sentó de espaldas a la entrada, frente a ella.

Celia le mostró una hoja con varios jeroglíficos cursivos, entre los cuales se encontraban el Ojo de Horus y el corazón humano, y le dijo:

—En el papiro Ebers se describen los remedios para aliviar diversas dolencias, y las porciones de cada uno de los ingredientes se obtienen usando las partes del Ojo de Horus.

Esto no era nada nuevo para Nafir y la cuestionó:

—¿Esa es la evidencia?

Un gesto de contrariedad se marcó en el rostro de Celia, quien continuó diciendo:

—Si esto está escrito en el Sermy, lo confirmaríamos —y le preguntó—: ¿Lo ha leído, doctor?

Él comenzó a sospechar, y contestó:

—No lo conozco.

Celia continuó:

—Hay un apartado sobre cómo eliminar el líquido indeseable que está en el interior del cuerpo y en el corazón, que dice: "Espigas de cereal, 1/16 parte: valeriana, 1/8 parte; ocre 1/64 parte; miel ½ parte. Será preparado formando una masa homogénea que se comerá antes de acostarse".

Él guardó silencio mientras ella agregaba:

—Si este apartado también está en el Sermy, entonces quedaría comprobado.

Nafir desconocía esto último y, aun así, no cedió a sus pretensiones, y dijo:

—Muy interesante, pero hasta no verificarlo sigue siendo solo una conjetura.

Poco después el espectáculo finalizó. El humo de la pista empezó a desvanecerse, debilitando el olor a mirra y canela.

Nafir reaccionó, quiso retirarse, pero su curiosidad fue mayor, y preguntó:

—¿Y cuál es el punto?

Celia se mostró confiada y afirmó:

—El Sermy, del cual proviene el Ebers, tenía un enfoque diferente. No sólo describía remedios, sino que también contenía información sobre el origen de ciertas creencias religiosas y cómo éstas se entrelazaron con la mitología egipcia.

Nafir arqueó una ceja, escéptico pero intrigado. Celia continuó:

—Por ejemplo, la similitud entre el nombre "Mary madre de Dios" y "Hathor Mery madre de Dios Horus" no es una coincidencia. ¿Qué sucedería si el Sermy lo afirmara?

Esta suposición inquietó a Nafir. Celia, al notarlo, continuó:

—El papiro Sermy podría cambiar la percepción de la historia religiosa y desentrañar la verdad sobre cómo algunas creencias se han modificado a lo largo del tiempo.

Nafir, aunque cautivado por la idea, se mostró cauteloso:

—Aun si lo que dice es cierto, ¿cómo podríamos estar seguros? Muchos documentos antiguos han sido manipulados a lo largo de la historia.

Celia asintió y respondió:

—Tiene razón. Pero si logramos encontrar el Sermy y estudiarlo, podríamos corroborarlo.

Nafir se quedó pensativo, considerando las implicaciones de lo que Celia decía. La idea de descubrir la verdad oculta detrás de las creencias religiosas lo fascinaba.

—Le agradezco —dijo Nafir. Se levantó, dio media vuelta y estaba por dirigirse a la entrada del restaurante cuando vio que Amy llegaba y lo sorprendía diciendo:

—Finalmente te encuentro. Había tanto humo y tan poca luz que no te vi; ya pedí una mesa.

Él la saludó mientras ella, asombrada al verlo acompañado, en voz baja le preguntó:

—¿Quién es?

Celia alcanzó a escucharla y no esperó a que las presentaran:

—Soy Celia —dijo.

El encargado del restaurante se acercó a ellos y murmuró:

—Señorita, su mesa está lista.

Aprovechando la interrupción, Nafir se apresuró a contestar:

—Ella es Amy —y la tomó del brazo para seguir al encargado y retirarse de Celia, quien los despedía agitando la mano y les regalaba una sonrisa que se veía más fingida que su casual encuentro.

El encargado los llevó a una de las mesas ubicadas detrás del vitral que separaba las dos secciones del restaurante. Además del vitral, una pequeña fuente, adornada con flores de todo tipo e iluminada con luz tenue, creaba una atmósfera discreta que invitaba a la intimidad, por lo que Nafir se sintió incómodo y preguntó:

—¿No hay otra?

La respuesta del encargado fue tajante:

—Es la única.

Amy se llevó la mano a la boca, carraspeó ligeramente, y dijo:

—Está perfecta, gracias.

Antes de sentarse, Nafir volteó a ambos lados para cerciorarse de que Celia no los seguía. Amy se desconcertó con su actitud:

—¿Qué sucede?

Él se llevó el dedo a la boca en señal de silencio, y murmuró:

—Este lugar no es seguro. Ya saben que tenemos el papiro.

Amy no pudo evitar el rictus que distorsionaba su labio superior. Esto le sucedía cada vez que no era capaz de controlar los acontecimientos. Un ligero abultamiento en la mejilla la obligó a cerrar parcialmente su ojo izquierdo, y preguntó:

—¿Quién lo sabe?

—Celia —susurró Nafir.

La música de la flauta, el arpa y el sistro que en ese momento interpretaban las danzantes, inundó el ambiente y evitaron que ella lo escuchara. Elevando la voz, repitió:

—¿Quién?

Él, inquieto porque temía que les quitaran el papiro, volteó hacia ambos lados sin contestar; luego se levantó y le pidió que lo acompañara. Ella deseaba quedarse. Sin embargo, al verlo tan preocupado, lo siguió al otro lado del vitral e inesperadamente se detuvo. Creyó ver que alguien parecido a Burn se agachaba y, despreocupado, sacudía las partículas que el humo depositaba en su lustrado calzado.

—¡Mira! —exclamó Amy, señalando hacia la entrada

Nafir se detuvo en seco, volteó y los vio. Ambos vestían igual. Un traje confeccionado a la medida; color gris con delgadas rayas, chaleco con saco cruzado y amplia solapa.

Amy y Nafir dieron media vuelta, regresaron a su mesa y esperaron a que el encargado atendiera a Burn y a su acompañante, quien se veía hosco y masticaba un puñado de tabaco que humedecía con saliva negra y rumiaba antes de escupirlo al piso, sin importarle las miradas de desaprobación de los presentes, que lo veían con desconfianza al pasar entre ellos. En ese momento se escuchó que el maestro de ceremonias decía:

—Con esto termina la primera parte. Los invito a continuar con nosotros.

Y enseguida se apagaron las luces de la pista para que los ayudantes prepararan el escenario de la parte final del espectáculo.

Aprovechando la oscuridad, Amy y Nafir se levantaron y avanzaban sigilosamente hasta que ella tropezó con una mesa. Intentó mantener el equilibrio, pero tuvo que sostenerse del borde, tirando lo que había encima. El ruido de las copas al estrellarse en el suelo atrajo la atención de varios curiosos. Amy se sintió descubierta y palideció.

—¿Estás bien? —preguntó Nafir, sujetándola del brazo.

Ella no respondió. La mirada de Burn la inquietó y quiso asegurarse de que era él. Entre las sombras, vio cómo sonreía, bebía de una copa y la saludaba.

Amy se aferró a Nafir, quien la abrazó y la cubrió con su saco cuando las luces se encendían.

—Nos vio —dijo ella mientras salían del restaurante.

Recordó su experiencia en el templo de Karnak y sintió el mismo miedo; empezó a temblar y no se calmó hasta que estuvieron en su habitación.

—¿Y ahora? —le preguntó a Nafir, quien cerró las cortinas y, pidiéndole silencio, escribió en un papel: "Voy por el papiro y nos regresamos al Valle".

Amy empezó a recoger sus cosas mientras Nafir se dirigía a la administración. El encargado le entregó el papiro y una caja metálica sellada con una nota: "Para Amy". Intrigado, Nafir preguntó:

—¿Y esto?

—Hay una nota que dice que se entregue junto con el papiro —respondió el encargado, cerrando la caja.

—¿Quién dejó la nota?

—No lo sé —respondió el encargado, encogiéndose de hombros.

Poco después, Amy y Nafir se dirigieron apresuradamente al campamento.

Mientras tanto, en el restaurante, Burn se acercó a la mesa de Celia y le preguntó:

—¿Buscas el Sermy?

Sorprendida, ella replicó:

—¿Con quién tengo el gusto?

Burn se limitó a decir:

—Soy de confianza. Yo envié al sacerdote que les dio el fragmento.

Y añadió:

—El papiro lo tiene Amy.

Celia lo invitó a sentarse; la curiosidad pudo más que su precaución:

—¿Cómo lo sabe?

—Yo se lo entregué —respondió Burn.

Fueron interrumpidos por una voz que invitaba a los presentes a tomar sus lugares:

—Tercera llamada, iniciamos.

Burn se despidió apresuradamente de ella, pero antes le dijo:

—Si quieres saber más, te espero aquí, mañana al mediodía.

Y al marcharse, añadió:

—Vamos a viajar, trae ropa adecuada.

(Pausa)

Mientras tanto, Sofía y Daryl continuaban su viaje hacia Alejandría, sin imaginar que sus pasos alterarían la memoria sagrada del mundo... y la propia.

Dos Papiros

Valle de los Reyes – Egipto.

Las piedras que Abdul amontonaba a un lado del pasillo que conducía a la gran cámara formaban una pirámide casi de la altura del techo de la capilla e impedían el paso hacia la parte más profunda de la tumba, por lo que, refunfuñando, dijo:

—No podemos seguir así.

La última vela estaba por extinguirse, iluminando tenuemente su entorno. Abdul se lamentaba de que Nafir se ausentara y se distrajera de su objetivo. Decepcionado, masculló:

—Parece que ya se olvidó de la tumba de Amenhotep I.

Siguió excavando afanosamente a pesar de la oscuridad del pasadizo que, aunada al polvo que se levantaba por doquier, le dificultaba avanzar en la búsqueda de la cámara sepulcral. Debía regresar, pero decidió continuar, y varios pasos adelante descubrió una estela con la inscripción “Sermu”. Esto le hizo recordar la falsa puerta que recién habían encontrado y se preguntó en silencio:

"¿Habrá más de una?"

En la tradición egipcia, la estela funeraria ‘daba vida al nombre del difunto’, permitiéndole seguir existiendo en el más allá, lo que explica por qué a menudo reemplazaba la falsa puerta.

Abdul no entendía por qué Nafir ya no buscaba los venenos del antídoto y, además, se la pasaba en la ciudad, pegado a Amy.

"Su interés por esa joven es tan grande que lo obliga a ausentarse", pensó mientras amontonaba la última de las piedras rocosas que había sacado del hoyo que excavaba.

Volteó al escuchar un ruido proveniente de la entrada y en cuanto los vio, exclamó:

—¡Lo sabía!

Al mismo tiempo que aventaba a un lado el zapapico, se secaba el sudor del rostro y se dirigía hacia ellos con cara de pocos amigos; pero conforme se aproximaban a él, la expresión de su rostro se suavizó y, más aún, cuando ella se detuvo a corta distancia y lo saludó agitando la mano. Abdul percibió el aroma de la fragancia a base de iris, jazmín, rosa y raíz de lirio que le daban cuerpo al Parfum N.º 5 que ese día usaba Amy, quien solía alternarlo con otros como Enigma y Habanita para elegir el aroma de acuerdo con la ocasión, el momento y la prenda a vestir.

Nafir siguió caminando, llegó junto a Abdul, y le dijo:

—Vamos a descifrar el papiro. Vigila que no nos interrumpan.

Subyugado por el perfume, Abdul se desconcertó al escucharlo y sólo alcanzó a preguntar:
—¿Y la cámara sepulcral?

Nafir, ignorando la pregunta, se dio media vuelta para regresar a la capilla y acompañar a Amy, quien en ese momento sacaba los fragmentos de su bolso y los depositaba en la mesa de trabajo.

—Por fin —dijo Nafir cuando se sentó a su lado y empezó a leer el papiro.

—Ya avancé con la primera parte —dijo ella y agregó—: Habla sobre algo que perdió Sermu.

Él, afirmando con la cabeza, volteó a mirarla y le dijo:
—Sí, revisémoslo.

Después de leer los primeros fragmentos, escribió en su libreta:
"Yo Sermu perdí el papiro en un juego de Senet. Yo confieso este pecado en mi lecho de muerte".

Amy leyó la nota, se mordió el labio y comentó:

—Sí... eso es lo extraño. Dice que perdió el papiro, pero tú lo encontraste en su tumba.

Nafir le compartió su hipótesis cuando dijo:

—El papiro que encontré no es el que Sermu escribió para su faraón.

Los ojos de Amy se abrieron al máximo. Se quedó muda durante varios segundos. Parecía no haber escuchado bien y preguntó:

—¿Entonces es falso?

—No. Son dos papiros diferentes —afirmó Nafir.

—¿Y dónde está el otro?

—No lo sé. Creemos que en la tumba de Amenhotep I.

—¿Y el antídoto?

—Se sabe, por otros documentos, que es probable que esté en ese papiro.

—¿No está en este? —volvió a preguntar Amy.

Nafir se llevó la mano a la cabeza y estrujó su mechón de canas al decir:

—Eso lo sabremos cuando terminemos de leerlo.

El semblante de Amy se desencajó. La desilusión, aunada a la sorpresa, la dejaron helada. Quiso pararse y caminar, pero trastabilló al intentarlo y se sostuvo de Nafir para no caer. Lo volvió a intentar y apenas dio varios pasos alejándose de él. Se detuvo, quedando a sus espaldas. Parecía hablar entre dientes mientras empuñaba la mano derecha y se golpeaba la cabeza, como si se reprochaba algo. Después de un momento regresó a la mesa de trabajo y, antes de sentarse, le reclamó:

—¿Todo fue un engaño?

Nafir torció la boca y apretó la lengua contra sus dientes cuando le dirigió la mirada y, ofendido, sintiendo que lo acusaba sin razón, dijo:

—¿De qué hablas?

Ella lo miró fijamente y, sintiéndose engañada, enfatizó:

—Creí que este era el papiro Sermy.

Él, tratando de serenarla, aclaró:

—Sí, este es uno de ellos —y agregó—: Es mejor que lo leamos.

Amy no pudo evitar la mueca que apareció en su rostro y, dejando al descubierto sus blancos dientes, contrajo los labios y balbució:

—Qué ingenua fui.

Enseguida volteó a verlo, se sentó y afirmó:

—Mi padre morirá sin el antídoto.

Sus palabras penetraron los tímpanos de Nafir, resonando en su cabeza como un eco indeseado que lastima cada vez que regresa, por lo que se negó a escucharlas, y sólo guardó silencio. Abdul se acercó a ellos y les dijo:

—Aquí hay dos velas... y una lupa, por si la necesitan.

Ya se disponía a marcharse, pero antes de retirarse notó que algo andaba mal cuando vio el rostro sombrío de Nafir, quien encendió las velas y después de acercar la lupa al papiro para continuar con la lectura, se dirigió a ella con voz firme:

—Lamento que estés decepcionada, pero necesitamos avanzar.

Amy hizo un esfuerzo por sosegar. Nafir continuó anotando en su libreta lo que entendía y suspiró. Finalmente desvelaba lo escrito en el papiro.

Parecía que Sermy, en ese momento, regresaba del más allá y le hablaba directamente a él, de viva voz, y le contaba parte de su historia, cobrando vida después de más de tres mil años de silencio, y que alguien, por fin, escuchaba su secreto...

Papiro Sermy, 1504 A.C

Tebas - Egipto.

Dos meses antes de El Jubileo de Amenhotep I.

Tebas estaba de fiesta. La alegría se veía por doquier.

La capital del Imperio Egipcio se preparaba para un acontecimiento que pocos tendrían la dicha de contemplar en vida. Todos estaban de júbilo, menos yo, que apurado dibujaba cuidadosamente cada jeroglífico en el papiro. Debía registrar las hazañas del Faraón, y me angustiaba no terminar a tiempo para la celebración. Fallar sería no solo un deshonor... sino una tragedia en mi carrera. Estaba tan absorto en mis pensamientos, que no escuché la voz de mi hijo. Solo cuando lo vi observando el ir y venir de la gente, con los ojos llenos de asombro, lo oí volver a preguntar:

—Papá, ¿por qué hay tanto alboroto?

Yo, tratando de satisfacer su curiosidad, le contesté:

—Dentro de dos meses será la fiesta del jubileo de nuestro faraón, Amenhotep I.

—¿Será su cumpleaños? —siguió preguntando.

Entre risas y acariciando un rizo de su cabello, le dije:

—No, no es su cumpleaños. Celebrará los 20 años de ser Faraón. De acuerdo con la tradición, debe renovar su fuerza física y energía sobrenatural a través del jubileo. Es un orgullo y su deber como Faraón —y le expliqué—. Es una prueba. Debe mostrarle al pueblo que aún es fuerte y tiene la energía para seguir gobernando.

—¿Y qué pasaría si el Faraón fracasa? —preguntó inocentemente mi hijo.

Yo no esperaba esta pregunta, jamás se me había ocurrido tal escenario.

—Mmm —me incliné para quedar a su altura y, en lo que repasaba en mis adentros algunos de los sacrificios que había realizado desde que era un joven prometedor hasta llegar a mi posición actual, musité—: Él dejaría de ser Faraón, yo me quedaría sin trabajo y tú perderías la escuela.

Además de mi esfuerzo por superarme y ser mejor cada día, en ese momento reconocí que la motivación de mis logros siempre fue mi hijo y su educación.

Agregué, tratando de ignorar la pregunta anterior:

—Nuestro Faraón es un sabio y digno del dios Amón, de ahí su nombre que significa: "Amón está satisfecho".

Deseaba explicarle a mi hijo cada detalle, pero sabía que aún era pequeño y no lo comprendería, así que sólo comenté:

—Ve a jugar, tengo que seguir trabajando.

Vi que mi hijo se alejaba, disfrutando una galleta "shayt", mientras yo cogía la Theca, sacaba el Cálamus y extendía el papiro para terminar de escribir la segunda línea de jeroglíficos. Mi deber era registrar la grandeza del Faraón; sus hazañas de guerra y el bien que hacía a la gente. Mi trabajo no era fácil, aunque lo hacía con orgullo y, cuando estaba agotado, me repetía que ser el Escriba real de Amenhotep I era un privilegio. Eso me daba la fortaleza para continuar.

El agradable olor a dátiles y chufas bañadas en aceite de oliva de las galletas recién horneadas me distraía a momentos, pero seguí pensando en la pregunta de mi hijo y en lo que podría fallar en la fiesta de jubileo. A pesar de no ser el indicado para hacerlo, sentí la necesidad de anticiparme y ayudar al Faraón en su próxima celebración y prueba, sin importarme que la función de escriba me prohibía inmiscuirme en esos asuntos.

Tenía claro, además, que algunos de los escribas me envidiaban y recelaban, esperando pacientes en la oscuridad que cometiera algún error. Me había ganado más de un enemigo en mi rápida y corta trayectoria, pasando, sin pretenderlo, por encima de algunos con más años en el oficio.

Aun conociendo los riesgos, no podía dejar de pensar en las distintas actividades del festival "Sed" —el jubileo— que duraría al menos cinco días. El Rey era más querido por el pueblo que por los sacerdotes, quienes aprovecharían cualquier oportunidad para desprestigiarlo y ganar poder durante la celebración. No les había agradado la decisión de anticipar el jubileo diez años antes de lo que dictaba la tradición, aunque él tenía sus razones: llevaba meses sintiéndose enfermo, y deseaba que su legado quedara registrado cuanto antes. Había ordenado algunos cambios para asegurar su inmortalidad. Para mí, eso significaba escribir no solo sus hazañas, sino también un compendio con todas las prácticas médicas conocidas sobre enfermedades y su curación. Era urgente probar cada una de ellas, con la esperanza de mejorar su salud.

Además de todo esto, yo debía identificar cuál de las actividades del jubileo podría representar el mayor riesgo para él. Por eso, en voz baja, las repasé una a una:

—Enterrarán una estatua que representa lo viejo. Luego se erigirá el pilar djed, símbolo de estabilidad y acto ritual para que viva "un millón de años" y resucite, como lo hizo Osiris. Más tarde, el Faraón, acompañado de su séquito, visitará las capillas de los dioses, especialmente la de Ptah. Después correrá entre dos marcas, delimitando simbólicamente su territorio. Y por último, será ungido con las dos coronas del Alto y del Bajo Egipto.

No lo supe en ese momento, pero más tarde lo comprendí con certeza: mientras yo me preocupaba por proteger al Faraón, otros ya tejían en las sombras una conspiración para destruirme.

A medida que se acercaba la gran celebración, la amenaza crecía en silencio. Yo debía encontrar la manera de proteger a mi Faraón y asegurar su legado, mientras libraba mis propias batallas en el círculo de los escribas. No imaginaba entonces todo lo que estaba por desencadenarse, pero mi lealtad a él —y el amor por mi hijo— me empujarían a enfrenar lo que estuviera por venir.

La historia de Tebas estaba a punto de cambiar.

Y yo, el Escriba Real de Amenhotep I, estaría en el centro de los acontecimientos.

Mientras tanto, en un lugar no muy lejano, Renya, oculto entre las sombras y disfrazado de matarife, susurró:

—Sacerdote astrónomo, ¿qué día iniciará la ceremonia?

El sacerdote encargado de fijar la fecha del jubileo respondió al escriba más antiguo de la corte:

—El tercer mes del verano, noveno día del onceavo año del amanecer de Sirio —dijo, ocultando el rostro mientras recibía unos trozos de plata sin acuñar, ese metal más escaso que el oro y también usado como moneda.

Renya se giró en silencio y volvió con el grupo de escribas que dirigía. Con esa información podrían anticiparse... y preparar la trampa para el Faraón.

Ajeno a las intrigas y a los planes que se tejían en mi contra, yo solo pensaba en volver a casa y jugar un poco con el perro que el Faraón había regalado a mi hijo.

—¡Behka, Behka! —le gritaba, ofreciéndole unos huesos y un poco de comida.

Poco después salí a pasear con el perro en los alrededores del jardín que rodeaba el templo construido en honor del Faraón. Disfrutaba mucho estos paseos, ya que descansaba del trabajo diario y reflexionaba, buscando soluciones a los problemas que tenía por delante. Caminaba repetidas veces, en ambos sentidos, los 120 codos de distancia entre el jardín y una tumba que estaba en construcción para ser la última morada de Amenhotep I.

A pesar de estos agradables paseos, en esa ocasión no me relajé. No podía dejar de lado la preocupación. A cada momento pensaba: “Los sacerdotes cada vez tienen mayor influencia. A raíz de la exención de impuestos adquirieron riquezas con las que pueden pagar a una serie de sirvientes; los que hacían ofrendas, los que los atendían personalmente, los que supervisaban sus graneros, almacenes y ganado y otros tantos como cazadores, tejedores,

artesanos joyeros, vigilantes y campesinos. A este paso, el Faraón tendrá menor influencia sobre ellos, lo cual lo debilitará". Este pensamiento me obsesionó durante algún tiempo. Para descansar un poco, jugaba al Senet en los convivios con la realeza. Este es un juego que aprendí desde joven y, a pesar de haberlo intentado varias veces, nunca pude abandonarlo. Era mi única distracción y le dedicaba cada vez más tiempo. Algunos amigos me invitaban a embriagarme y a disfrutar las banalidades de la vida, aunque yo prefería jugar y sentir cómo la adrenalina recorría mi cuerpo cada vez que las apuestas subían de valor y, aún más, cuando la suerte estaba de mi lado y ganaba una partida tras otra.

Regresé a casa y le pedí a mi hijo que cuidara a Behka en tanto yo preparaba la cena. Desde la muerte de su madre, yo lo atendía cuando estábamos en casa. Poco después cenamos y lo recosté en su lecho. Encendí el aceite para iluminar la habitación. Era hora de continuar escribiendo el compendio medicinal en el papiro y de avanzar con la descripción de los remedios usados en la sanación de los enfermos. Un escriba debía dominar todas las técnicas de escritura; la de grabado en columnas y piedra, y también las del papiro y el fino pintado en vasijas. La tinta usada dependía del tipo de superficie y su contenido de plomo era diferente, según la rapidez de secado que se necesitara.

Parecía una noche normal que transcurría de acuerdo con la rutina, pero unos golpes en la puerta lo cambiaron todo. Sí, todo lo que para mí era importante. Los guardias casi la derriban y no tuve más remedio que abrirles. Después me arrepentiría de eso.

—¿El escriba real Sermy? —preguntó uno de ellos.

—Sí —contesté—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Se le acusa de traición al Faraón —respondió el guardia.

En ese momento me quedé helado y sólo atiné a decir:

—¿Traición?

Todo lo que hice después fue inútil. Entraron a la casa y empezaron a revisar por todos lados. No sabía qué buscaban, hasta que uno de ellos exclamó:

—¡Lo encontré!

Eso bastó para que me tomaran prisionero y sujetaran a mi hijo, quien lloraba y me decía:

—Papá, papá, ¡ayúdame!

Uno de los guardias lo sostenía con fuerza mientras el otro abría la puerta.

Me sentí impotente y quise reaccionar, aunque ya era tarde. Vi cómo se lo llevaban cuando me sacaban a la fuerza y me golpeaban repetidamente. Perdí el conocimiento, y cuando desperté lo primero que observé fueron los tablones que, mal puestos, cerraban la única ventana del reducido cuarto donde me encontraba.

—Aquí estás —escuché que alguien decía al entrar—. Ya era hora —se jactaba y sostenía el papiro con los últimos jeroglíficos que yo había escrito esa noche—. A partir de ahora, escribirás solo lo que yo te diga —afirmó, y lo rompió en varios pedazos.

Todavía no entendía cuál era el motivo de todo esto, pero no tardé en darme cuenta de sus intenciones cuando dijo:

—Tu hijo estará a salvo, siempre que obedezcas —y agregó—: Este no es otro de tus juegos de Senet.

Esto último me sorprendió. Aunque eso era bien sabido en el círculo de la realeza, los demás ignoraban mi pasión por el juego. El desconocido siguió hablando:

—Continuarás con tu vida normal, excepto que te diré qué poner en el papiro medicinal.

Hasta ese momento supe que la amenaza era real. Mis enemigos no sólo querían desprestigiarme, sino usarme desde antes de que empezara el jubileo. Su plan era más peligroso de lo que yo había imaginado: “¡Querían asesinarlo!”, y yo sería su arma. Se me nubló la vista y me sentí mareado. Los golpes que recibí y la falta de alimento hacían estragos en mi cuerpo. Nada de eso me importó al saber que, si yo no envenenaba al Faraón, matarían a mi hijo.

Nafir marcó el último jeroglífico que leyó y volteó a ver a Amy, quien no salía de su asombro y se llevaba la mano a la boca, exclamando:

—¡Pobre!

Ambos descansaron un momento, trataban de asimilar lo que habían leído, pero su urgencia por saber más los regresó a la lectura del papiro.

Me quitaron los amarres y me sacaron del cuarto. Antes de dejarme ir, me dijeron:

—Actúa normal, no levantes sospechas, y tu hijo no sufrirá.

Al día siguiente escribí en el papiro el falso remedio que me entregaron. Los médicos del Faraón eran muy meticulosos y ordenados y sólo le aplicaban un remedio por semana para probar su efectividad. Aún faltaban tres remedios y mi esperanza era que alguno lo sanara antes de que ingiriera el veneno. Aun así, para asegurarme, escribí el antídoto en la siguiente hoja, como si fuera un remedio más. Me preocupaba mi hijo. Tres semanas eran muchas. Debía encontrar la forma de acelerar el proceso. Estaba absorto en esto, cuando una voz interrumpió mis pensamientos:

—¡Ábreme!

Traté de ocultar lo escrito, pero no tuve tiempo. La puerta se abrió y entró Renza; tomó el papiro y lo revisó.

—¿Qué es esto? —preguntó molesto.

*Arrancó la hoja con el antídoto y me amenazó diciendo:
—Otro error y tu hijo morirá.*

Y enseguida se alejó sonriendo maliciosamente. Mi plan había fallado. No sería posible agregar el antídoto de esta manera. Esa noche no dormí, pero encontré una alternativa. Escribiría dos versiones del mismo papiro. Una versión con lo esperado y la otra la combinaría con un nombre secreto para que no pudieran leerla. Esto me daría tiempo para hacer la siguiente entrega a los médicos y a la vez guardaría el papiro con cada remedio y su antídoto en un lugar seguro. Si el Faraón mostraba síntomas de envenenamiento, sabría qué antídoto aplicar. Ya sólo me faltaba escoger el lugar.

Amy alzó la voz.
—Ahí debe estar lo que buscamos.

Nafir volteó y le preguntó:
—¿Dónde?

Ella se le quedó viendo y le dijo:
—Continuemos para saberlo.

*Recorrí toda la casa y finalmente lo decidí. Mi cámara sepulcral sería ideal, y yo podría vigilarlo por siempre. Así que procedí a duplicar el papiro y lo guardé **a la vista de todos**.*

—¿A la vista de todos? —inquirió Amy y volteó a mirar a Nafir, interrogándolo.

Él dejó de leer y contestó:
—Puede ser una inexactitud en la escritura.

Ella se le quedó viendo, parecía no entender. Nafir le aclaró:
—Algunas veces los escribas, ya sea por estética o para ahorrar espacio, omitían partes de los jeroglíficos. Esto complica la traducción y el significado real puede ser diferente a lo que está escrito. Necesitamos avanzar y ayudarnos con el contexto.

Ella dijo:
—Ajá —como si entendiera, pero su cara seguía mostrando duda.

Nafir continuó leyendo:
Aunque tuve que agregar un nuevo remedio cada semana y hacer el recorrido desde la capilla —iniciando en la pared con el Ojo de Horus, pasando por la gran cámara hasta llegar a la puerta falsa, y de ahí caminar otros 112 codos hacia la puesta del sol para actualizarlo—, sabía que era el mejor lugar.

Ambos voltearon a verse y al unísono exclamaron:
—¡La puerta!

—Entonces, el lugar secreto está a 112 codos de la puerta falsa —afirmó Nafir.

Amy afirmó:

—Y si un codo equivale a 52.30 cm, sólo hay que caminar 58.58 metros.

Nafir asintió moviendo la cabeza y jubiloso gritó:

—¡Lo tenemos!

Abdul aún rumiaba por el comportamiento del doctor y no prestó mucha atención, hasta que Amy le llamó y no tuvo más remedio que ir a ver qué querían. Llegó junto a ellos y, receloso, preguntó:

—¿A quién tien...?

Aún no terminaba de preguntar cuando sintió el fuerte abrazo de Nafir, quien seguía gritando:

—¡Al fin!

Enseguida se calló y le preguntó:

—¿A qué distancia estamos de la puerta falsa?

—Estamos a 16 metros, hacia el norte —respondió Abdul.

Nafir leyó lo que había anotado y dijo:

—Detén eso y empieza a excavar desde la puerta hacia la puesta del sol.

Para Abdul esto fue como un chapuzón de agua fría. Esa dirección estaba bloqueada con todas las piedras que habían sacado de la excavación, y dijo:

—Es lo peor que me ha pasado.

Eso no le importó a Nafir:

—¡Empieza ahora! —le ordenó.

Amy se quedó pensativa y, después de un momento, preguntó:

—¿Y su hijo?

Abdul lo miró extrañado:

—¿Le pasa algo a su hijo, doctor?

Nafir no le contestó, y, tras indicarle que se retirara, revisó el papiro. Se percató de que aún le faltaba leer varias líneas. Se sentó y continuó la transcripción aunque, con la emoción, se olvidó de escribir el significado y solo hablaba en voz alta.

Ya tenía un nuevo plan. Ahora debía encontrar a mi hijo, y comencé a investigar su paradero entre los círculos de la realeza. Utilicé mis habilidades en el juego para acercarme a varios oficiales y personas influyentes en la corte.

Uno de ellos me ofreció hallarlo a cambio del papiro medicinal, el que contenía la receta para mezclar y preparar ocho hierbas curativas. Sin embargo, rechacé el trato. En lugar de ceder, decidí apostar en una partida de Senet, rogando al dios Besh que me favoreciera con la suerte.

Lamentablemente, perdí el papiro.

Aquello me hundió en el remordimiento. Mi hijo sufría, y yo, impotente, no podía hacer nada por él.

Tuve que esperar tres largas semanas para conocer la reacción del Faraón ante el falso remedio. Aunque empeoró, no murió en ese momento. Como yo había cumplido con mi parte, pocos días después liberaron a mi hijo.

*El antídoto nunca se usó, ya que el Faraón, antes de su jubileo, se sintió peor y falleció. Aunque oficialmente murió de otra enfermedad, **yo me siento culpable**, porque creo que el veneno fue haciendo efecto progresivamente, tal como ellos lo planearon.*

Este día lloro su muerte. Su jubileo anticipado, fijado para hoy, quedará grabado para siempre como la sombra de un Faraón que cayó... antes de alzarse en gloria.

—¿Es todo? —preguntó Amy, ansiosa por saber más.

—Sí —respondió Nafir.

Ella se secó las manos y aún sudorosa insistió:

—¿No falta nada?

Él revisó los fragmentos y afirmó:

—Son todos.

Amy preguntó:

—¿Y dónde está el papiro medicinal?

En ese momento Abdul se acercó y, sin más, les dijo:

—Hay dos puertas falsas —y agregó—: ¿Cuál escojo?

La seguridad de Nafir se estrelló contra su duda al escuchar la mala nueva.

—¿Dos puertas? —se preguntaba en silencio y volteó a ver a Amy, quien, a pesar de que su rostro mostraba incredulidad, propuso:

—¿Y si tomamos la última?

Él seguía pensando y después de un momento, contestó:

—Hay que estar seguros antes de excavar.

Abdul no se esperó y ya se marchaba cuando Nafir afirmó:

—La respuesta está en el papiro.

Amy refunfuñó y dijo:

—Pero lo acabamos de leer y no dice cuál puerta.

Un aire de desánimo inundó la capilla. Estaban tan cerca y a la vez tan lejos del papiro medicinal que la desesperación parecía ganarles la partida. El sudor escurría por su frente, pero Nafir no se dio por vencido. Se quitó los lentes y sacudiendo a Abdul por los hombros, le preguntó:

—¿Recuerdas el amado compañero de Sermy?

Abdul sonrió al contestar:

—Sólo los aretes.

—Me refiero a su nombre: Behka —aclaró Nafir y, después de un momento, exclamó—: ¡Es el perro!

Abdul quiso seguirle la idea y se quedó anonadado hasta que escuchó:

—El perro es su amado compañero.

Los ojos de Amy se abrieron al máximo y aclaró:

—Y, según el papiro, Sermy hacía los recorridos con él.

Abdul se les quedó mirando por un momento y balbució:

—Entonces... hay que escoger la primera.

Los tres exclamaron:

—¡Sí!, y se abrazaron jubilosos.

Con esta información, sería fácil recorrer los 58.58 metros desde la puerta falsa hasta llegar a la cámara sepulcral donde, según Sermy, los aguardaba el papiro con la inscripción del antídoto. Aún debían excavar esa distancia siguiendo la puesta del sol, aunque de eso se encargaría Abdul, quien en silencio lamentaba que Nafir continuase embelesado por Amy, aunque reconocía que no era fácil sustraerse a su juvenil encanto y al aroma a jazmín que hacía olvidarse, por momentos, del olor a aceite de incienso de la tumba. La voz de Nafir lo sobresaltó al escuchar: —¿Cuándo llegaremos?

Ella se acercó y les recordó: —A mi padre le urge el antídoto.

Abdul sentía la presión de ambos, pero les aclaró: —Si avanzamos 6 metros cada día, en 10 días.

Sus rostros mostraron un gesto de preocupación y fue Amy la que exclamó:
—¡Tiene que ser antes!

Nafir, angustiado, la secundó diciendo:
—Consigue más excavadores.

Abdul solamente respondió: —Trataré.

La carrera contra el tiempo parecía alargarse más de lo esperado. Nafir dudaba de llegar al final. Pensó en su hijo y sacó la nota que le había escrito.

—Por si algo me sucede —le dijo a Amy, entregándole la nota.

En ese momento ella se percató de lo agotado que se veía y le preguntó:
—¿Estás enfermo?

Él trató de disimular el dolor y contestó:
—Es el veneno.

Ella exclamó:
—¡Igual que mi padre!

Abdul se unió a ellos y aseveró:
—Lo conseguiré.

Amy se dio cuenta de que, a pesar de toda su preparación, el único que podía llegar al antídoto era Abdul. Su soberbia se transformó en humildad cuando supo que la vida de su padre y la de Nafir estaban en manos de un simple excavador, quien se persignó antes de añadir:

—**Tengan fe.**

Ambos voltearon a verlo, pero solo miraron su espalda. Abdul se alejaba, perdiéndose entre las sombras del pasadizo, dejando tras de sí solo el eco de sus pasos y la promesa de una esperanza enterrada hacía más de tres mil años.

Fernando Perales

